

XI ENCUENTRO NACIONAL DE COFRADÍAS PENITENCIALES



3ª PONENCIA

Cofradías penitenciales para el tercer milenio.

D. Luis Antonio Gracia Lagarda.

Delegado Episcopal de las Cofradías Penitenciales de la Diócesis de Zaragoza.

Acercándonos ya al momento final de nuestro XI Encuentro, debemos abordar algo tan importante como es nuestro futuro en el umbral del Tercer Milenio.

No es fácil la tarea que me ha sido encomendada, pues junto a una larga y rica Historia y a una Crónica de un presente esperanzador por su auge, pero, de algún modo inquietante por su ambigüedad y por la constatación de que es una etapa de inquietudes, deseos y búsqueda de caminos, viene la urgencia de iluminar por dónde tendrían que ir esos nuevos senderos.

De alguna manera se me ha pedido que haga labor de profeta, que no de vaticinador. Y en esto siempre se encuentra uno desprotegido de hechos contrastables y con el riesgo de adentrarse en lo que todavía no es. El profeta vive inmerso en un momento presente, que trata de conocer y juzgar con vistas a perfilar una futura andadura. Por eso el profeta no dice su propia palabra, sino que lleno de temor, se ve impelido a pronunciar la palabra de Otro, anunciando siempre la novedad salvadora de Dios, porque ama conmovido al pueblo con el que convive, y desea mantener despierta en ese pueblo la esperanza de que Dios cumple todas sus promesas de humanización, salvación y liberación en favor del hombre.¹ El profeta es hombre en su tiempo y en su espacio, pero se enfrenta a ellos como algo no acabado y definitivo, sino como algo que tendrá impronta en un futuro que siempre está en tensión hacia el cumplimiento pleno de las promesas de Dios. Por eso no puede ser nunca ni triunfalista ni pesimista, ni conformista o desilusionado; sino que ve el momento presente como etapa inconclusa de un devenir histórico que ha de caminar, en la purificación y en la creatividad, hacia una mayor presencia de Dios.

Tal vez sea mucha pretensión por mi parte tratar de imprimir este carácter a la reflexión que ahora quiero motivar. Pero pienso que hay que pretenderlo, pues ésta es, en verdad, la necesidad que nosotros tenemos. ¿Cómo vivir nuestra realidad cofrade en el umbral de un nuevo siglo y milenio?

Para realizarlo, no podemos desprendernos de nuestra antigua historia, ni dejar de revisar, incluso juzgar, las realidades actuales en las que nos movemos.

1.- Futuro previsible de lo religioso.

Incluso «el profeta» tiene gran dificultad en predecir el futuro del mundo, en el que existimos, y de la Iglesia, que somos por la fe en Jesucristo que nos une.

Pero, siguiendo los aportes de las ciencias sociológicas y humanas y tratando de compartir las inquietudes más manifiestas en la comunidad cristiana, podremos encontrar algunos indicios de ese futuro en las situaciones del presente. Analizaré algunas de ellas, aunque sea, solamente, como mero apunte:

1.1.- El fenómeno de la secularización y del secularismo

Está admitido por todos que vivimos, cada vez más, en una sociedad secularizada. Es un fenómeno que se da en todas las culturas, sea cual sea la religión de su entorno; a excepción de los lugares en que comienzan a retornar fundamentalismos religiosos: ámbito musulmán, mundo judío, sectas pseudo-cristianas, etc.

Al constatar este hecho, hay que afirmar rápidamente que el fenómeno de la secularización tiene grandes aspectos positivos para el hombre y para el creyente. Por eso es necesario tener ideas muy claras sobre qué se entiende como secularización.

Este término es utilizado por primera vez en la época moderna para designar el paso de la dependencia de una institución de la autoridad eclesiástica a la autoridad civil. Está aquí en juego la relación de lo sagrado y lo profano en la vida humana y en la sociedad. Por eso, este proceso es inherente a la historia del hombre y a la historia de las religiones. En un estadio social arcaico lo sagrado impregnaba toda la vida social y orientaba todas las instituciones sociales y los comportamientos de las personas. Con las grandes culturas de la Antigüedad y con el nacimiento del Estado en su organización social, comienza a darse una diferenciación: aparece la dimensión religiosa especializada con sus pretensiones y roles concretos. Pero lo religioso sigue teniendo un influjo importante y decisivo, ya que constituye el horizonte del sentido último de la vida humana y de sus instituciones. Lo religioso legitima y sanciona todo.

Es a partir de la época moderna cuando se va realizando una verdadera autonomía de lo profano frente a lo religioso: la sociedad, la economía, el saber y las instituciones, dejarán de estar envueltas por la tutela y dirección de lo religioso y dará paso al Estado nacional, los sistemas económicos, la ciencia y la técnica, los "asuntos sociales", la medicina social, las ONGs, etc.

La sociedad moderna ya no es una sociedad que pone su centro en la religión, La religión ha dejado de ser el legitimador fundamental de la sociedad moderna.²

Por eso la secularización puede entenderse como "decreciente poder social de las instituciones religiosas" (H.LÜBBE), "liberación de las estructuras normativas (tanto individuales como sociales) de la autoridad religiosa tradicional" (E.MENÉNDEZ UREÑA), "tendencia histórica de pérdida de significación de la donación religiosa de sentido en zonas cada vez más amplias de la vida" (F.X.KAUFMANN).

Secularización es el fenómeno socio-cultural por el cual algunos sectores de la sociedad y de la cultura son sustraídos de la dominación de las instituciones y de los símbolos religiosos.³

Una primera consecuencia de la secularización, en cuanto nueva presencia de lo religioso en el conjunto de la sociedad, es una purificación de la misma imagen de Dios, acentuando su trascendencia frente a una concepción en la que se le situaba al mismo nivel que las causas segundas: `producía las enfermedades como un microbio más; las curaba como un médico más; garantizaba las buenas cosechas igual o mejor que las semillas de alto rendimiento ,⁴ También se precisa mejor el papel de la Iglesia en la sociedad y ésta recobra su autonomía en la consecución de los objetivos específicamente mundanos.

Por ello, al mismo tiempo, repercute en la religiosidad de la persona que se queda sin apoyos simbólicos, sin mediaciones y sin estructuras religiosas plausibles.

Por otro lado, la autonomía de lo mundano ha devenido en un pluralismo de cosmovisiones, éticas y culturas, en las que domina la racionalidad científica y la conciencia de autonomía de la razón, intentando poner el pensamiento científico como única forma de pensamiento.

Todo ello desemboca en secularismo, pues termina destruyendo cualquier sentido de ultimidad y trascendencia de la vida.

Como consecuencia, no de la secularización, pero sí del secularismo, los creyentes y muy especialmente los agentes de pastoral- tendrán que afrontar una profunda crisis de relevancia: hacen al mundo una oferta que consideran esencial y descubren que apenas interesa a nadie. Lo que se considera importante en la ciudad secular no son las cuestiones religiosas (salvación, destino del hombre, pecado, gracia...), sino los problemas económicos, técnicos y políticos.

Naturalmente, para salir de la irrelevancia bastaría dejarse absorber por aquellas tareas que se consideran "importantes" en la sociedad secularizada. Pero en tal caso se superaría la crisis de relevancia al precio de caer en una crisis de identidad ¿En qué me distingo yo de lo demás?.

La verdadera solución pasa por aprender a vivir sin complejos una cierta irrelevancia social. Vivir "a tope " los valores del Evangelio.⁵

1.2.-La privatización de lo religioso.

Junto al secularismo, surge de la secularización el fenómeno de la privatización de lo religioso: su confinamiento al ámbito privado.

La religión puede subsistir, pero al margen, a título privado y a condición de que sus principios no perturben las normas jurídicas dictadas por el soberano ni su proselitismo altere la paz pública.⁶ .

En esta línea se ha escrito en nuestro país:

Soy partidario... de que la fe religiosa sea una opción de la vida privada, pero nunca de la pública ⁷ (Manuel ESCUDERO, coordinador del Programa 2.000 del PSOE).

... la Iglesia como tal deberá dedicarse a actuar "dentro de las iglesias ", limitándose a las cuestiones propias del culto religioso. (Nicolás REDONDO).⁸

A partir de la ilustración se ha ido imponiendo un tipo de racionalidad basada en la

experimentación y verificación. Lo que no reúne estas condiciones no es científico ni susceptible de comunicación racional. De ahí se concluye que la religión pertenece a lo meramente subjetivo, al ámbito de las opciones privadas. Se niega a la fe toda pretensión de intervenir en la vida pública, porque se trata de un elemento no controlable por la razón, que es lo único que hace posible el diálogo en una sociedad plural.

Hay, pues, una tendencia social a desplazar a una mera intimidad de la persona el aspecto religioso y suprimirle así la relevancia social que toda fe debe tener, como globalizadora del sentido de la persona. Se consiente que la religión aporte al hombre únicamente bienes de carácter espiritual: consuelo, paz interior, sentido del "más allá"..., pero no se le permite que influya, desde su propia fe, en la construcción del mundo. De aquí nace "el divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos" que el Concilio Vaticano II entiende que "debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época" (GS 43).

Parece ser que la conclusión final de estos deseos de privatización de lo religioso por parte de la sociedad y de los Estados, no queda en un legítimo reconocimiento de la diversidad de creencias, como se deduce del derecho a la libertad religiosa, sino que fácilmente puede degenerar en un laicismo que aprovecha las estructuras públicas para denigrar las creencias y las consecuencias de la fe vivida, adoctrinando a su vez en otras concepciones a los ciudadanos y en un estatalismo que hace del Estado la última y exclusiva instancia legítima de sentido. Ambas posturas, siempre interdependientes, pueden concluir en una destrucción de las religiones.

La Iglesia se opone, y debe oponerse, a las ideas y realizaciones privatizadoras de la fe. Hoy, siguiendo el pensamiento del Concilio Vaticano II, no reivindica ninguna posición dominante en la sociedad, ni pretende convertirse en aseguradora del orden político, de su estabilidad o de su moralidad, no se instituye como guardiana de la sociedad. Pero, al mismo tiempo, entiende que no hay ningún compartimiento social -economía, política, cultura- sobre el cual no tenga que decir su palabra para iluminar el sentido último de cada actividad y las exigencias éticas que debe respetar. Y esto lo hace hoy la Iglesia con sumo respeto a otras instancias religiosas que avivan la esperanza del hombre.

No obstante, hay que tener en cuenta también que en muchas ocasiones se llega a la privatización por la actitud no misionera de los creyentes que se evaden de ambientes de importante significación cívica y de cultura realmente popular: no viviendo las mismas experiencias que el pueblo y no sabiendo interpretarlas desde la fe.

1.3.- Desistitucionalización de lo religioso.

El afán de privatización de lo religioso tiene consecuencias también en la forma de vida de muchos que se consideran creyentes. Entre ellos, tiene suma importancia el fenómeno que se ha dado en llamar desistitucionalización⁹ de lo religioso y que podemos constatar con diversos datos estadísticos que nos permiten afirmar que entre nosotros: crece el número de no practicantes e indiferentes; suben las dudas respecto a las creencias fundamentales (existencia e inmortalidad del alma, divinidad de Jesucristo, etc), desciende la práctica regular, algunos no asisten nunca a los oficios religiosos; aumenta el sincretismo y la relativización de las normas morales y disminuye el aprecio de lo religioso.

Esto denota una forma de creer en la que se va dando un éxodo o salida de la mediación institucional en la que se transmite y conserva la fe.

De esta forma, en un mundo cada vez más pluralista, el subjetivismo ante la misma religión, conduce a una pluralización de la fe ("religión a la carta"): cada uno cree y

práctica, en nombre de una cierta autenticidad, aquello que se acomoda a sus maneras de pensar y a sus propios intereses, sin admitir realmente lo objetivo de la misma fe.

Se generaliza de esta manera un ambiente de sospecha hacia todo aquello que la institución presenta y proclama como contenido o exigencia moral de la fe.

Todo ello, a la larga, desnaturaliza la realidad de la tradición cristiana que es memoria viva de la revelación de Dios, realizada en plenitud en la persona, vida, palabras y obras de Cristo Jesús.

1.4.- Nuevas formas de religiosidad.

En el contexto de todo lo dicho hasta ahora, cada día se va apreciando, sin embargo, un retorno al universo religioso, aunque con peculiaridades nuevas.

Se está dando lo que Mons. Antonio Palenzuela ha descrito como "retorno con gran empuje, de lo sagrado y lo religioso en formas anárquicas, subjetivas y salvajes"¹⁰ y designa, siguiendo a Mardones, como "reconfiguración religiosa de la posmodernidad" que está al margen de las Iglesias y confesiones cristianas, tomando elementos de la simbología religiosa oriental y de otras procedencias foráneas a la cultura occidental. Se caracteriza por ser una religiosidad sincretista, diseminada y difusa en la cual predomina lo emocional. Se centra en una autorrealización del individuo, que persigue mediante técnicas apropiadas - concretamente de origen oriental-, la serenidad interior, el bienestar y la expansión de la propia conciencia individual hasta la identificación con lo divino, con la energía divina, que está presente en todas las realidades y es objeto, por igual, de creencia, bajo diferentes símbolos, en todas las religiones. Si se quiere emplear el lenguaje tradicional, es una religiosidad que ofrece una "salvación" cercana, aquí y ahora, con ventajas inmediatas y tangibles. Lleva el sello del pragmatismo."¹¹

Paradigma de esta nueva espiritualidad es el conglomerado de tendencias que se cobija bajo el nombre de Nueva Era (New Age)¹² y que puede definirse como Mística laical que invita al mundo de las religiones a ampliar su espacio hasta abrazar el cosmos, la ciencia, el psiquismo, fundiendo en un único abrazo todos los contrastes y la conflictividad que han afectado siempre al mundo de lo natural y lo sobrenatural¹³

No se pueden olvidar; como ha estudiado detenidamente José María Mardones, el gran desarrollo que están teniendo los esoterismos y la llamada "religiosidad profana" (rituales del cuidado del cuerpo, dietética, ecologismos, control mental...).

De esta forma, las sociedades occidentales, contra el pronóstico de algunos, no van camino de una total desacralización. El hombre posmoderno (de la informática y de la técnica, de las clonaciones y la conquista del universo, del consumismo y el hedonismo) sigue sintiendo un vacío profundo de trascendencia y sentido. Desilusionado en gran parte de su pasado, incluso religioso, sigue en búsqueda y por ello retorna a lo sagrado, aunque sea anárquica, subjetiva y salvajemente.

1.5.- El auge del catolicismo popular.¹⁴

En esta situación real y concreta, aunque plural, constatamos un auge, en crecimiento, de la realidad que nosotros más vivimos y más nos preocupa: nuestras cofradías. Y con ellas, la religiosidad popular y, más concretamente, el catolicismo popular.

A medida que han crecido la secularización y la descristianización se ha generado un mayor florecimiento de la piedad popular que intenta compensar el déficit de la

espiritualidad y apunta a mantener el natural deseo de trascendencia, mientras se recuperan nostálgicamente las raíces perdidas en muchos casos.¹⁵

Este auge se manifiesta en el crecimiento espectacular de cofradías y cofrades, multiplicación de actos y procesiones, participación masiva de público, creación de nuevas imágenes, adhesión multitudinaria de jóvenes, incorporación de la mujer con todos sus derechos y con el enriquecimiento de su impronta peculiar. Intentos esforzados por una vivencia comunitaria que sobrepase el tiempo sagrado y se haga cotidiana. Proliferación de estudios de historiadores, antropólogos, sociólogos y psicólogos sobre esta realidad. Páginas, muy visitadas, en Internet. Encuentros, Congresos, revistas nacionales y regionales, proliferación bibliográfica, Asociaciones para su estudio... Tema de trabajo y preocupación creciente en diversas instancias diocesanas¹⁶ de varias Iglesias locales. Creación de Delegaciones y Secretariados Diocesanos para Cofradías y Hermandades.

Viendo todo esto es fácil comprender aquella afirmación, quizá maximalista pero con fundamento real, que en nuestro IX Encuentro de Santander hizo con todo entusiasmo Mons. José María Cirarda y que con más entusiasmo todavía se recogió en las Conclusiones: Sois responsables, en gran medida, de que no haya penetrado entre nosotros la ola de agnosticismo que impera en Europa. Porque:

- nuestras Cofradías y Hermandades logran sacralizar pueblos y ciudades convirtiendo la calle en templo y los balcones en púlpito."
- a través de las procesiones, la expresión de la fe cristiana sale del interior de los templos, de las reuniones de grupo y del secreto del corazón para hacerse pública en medio de la sociedad, sin retraimientos en la privacidad.¹⁸
- es ocasión de socialización - institucionalización- ya que promueve el encuentro, la convivencia, la unión, la asociación, participación con normas tradicionales, detalladas y precisas... en una empresa que se considera común y propia y en la que se participa con gran generosidad dedicando tiempo y recursos.¹⁹
- las Cofradías son una asociación de numerosos hombres y mujeres que se han incorporado a ella por los más variados motivos y que se sienten profundamente ligados a la institución, a sus usos y costumbres, con una acendrada devoción a la imagen titular, que en algunos casos concentra todas las apetencias y necesidades de sus sentimientos religiosos.²⁰

Sí, en un aspecto importante las Cofradías y Hermandades de Semana Santa, que en la actualidad son en España la expresión más característica e importante del catolicismo popular, son un auténtico antídoto a las tendencias secularistas, privatizadoras, desinstitucionalizadoras y de nuevas religiosidades. Pero no podemos engañarnos, por otra parte, también, como es natural, participan de alguna manera del ambiente sociológico en el que están creciendo y viviendo. Porque:

- nuestra religiosidad popular se va desacralizando, primando aspectos que verdaderamente inciden en ella con importancia, pero que no son sus principales constitutivos. Múltiples estudios pretenden despojarla de lo cristiano para profundizar en sus componentes míticos y ancestrales. La identificación con las raíces más profundas de nuestros pueblos que se van diluyendo en concepciones de "aldea global" y "comunidad Europea" y que, por ello, hay que reencontrar y reafirmar.²¹ La reducción a hecho cultural propio y diferenciador, con serias repercusiones en el mundo de la economía, del turismo, del arte. Implantada en una sociedad que consume momentáneamente hasta lo religioso.
- en muchos casos se da una separación profunda entre la manifestación pública de catolicismo y la realidad de vida de sus participantes, en la que no es la fe el motor que la orienta. Pasado el tiempo en que cubrimos nuestras caras con el antifaz de capirotos y terceroles, seguimos tapando en la cotidianeidad nuestra identidad cristiana.
- la Cofradía pasa, frecuentemente, de ser un medio de incorporación a la comunidad creyente a constituirse en un fin. Es la única forma religiosa que se admite y se vive. La competitividad con otras hermandades, el victimismo frente a las diversas instancias pastorales de la Iglesia, la multiplicación, en los últimos tiempos, de asociaciones de Semana Santa con estatuto civil, son algunas expresiones de una cierta sospecha ante la institución eclesial.
- aunque guardan con gran esmero sus propias tradiciones, buscan igualmente nuevos medios de expresión de sus propios sentimientos, sin un serio discernimiento de la incorporación de elementos exteriores a la propia idiosincrasia y a la misma experiencia religiosa. Hay también aquí una especie de sincretismo.

2.- Discernimiento de la realidad.

Todo este panorama, que aunque no tenemos tiempo para analizarlo profundamente he tratado de presentar con claridad, muy sintéticamente, lleva, a quien tiene que hacer de «profeta», a constatar y proclamar que el catolicismo popular y la realidad que actualmente viven nuestras Hermandades y Cofradías, no solamente encierra grandes valores humanos, religiosos y cristianos que consiguen mantener, en la situación socio-religiosa de nuestro contexto hispano y europeo, la memoria pública del misterio pascual de Cristo, por medio de un lenguaje total

(imagen, arte, color, emociones, sentimientos, afectos, sonido, silencio, música con variedad de instrumentos, camino, comunitariedad, corporeidad)²², sino que, además, ante previsiones de descristianización masiva para nuestro contexto cultural y social²³ se comprende, si es capaz de hacer una síntesis con el llamado cristianismo comprometido, como la más posible salvaguarda de la fe cristiana en nuestro país.²⁴

Al mismo tiempo, «el profeta» no puede ignorar la situación de ambigüedad religiosa y debilitamiento de sentido eclesial que presentan algunas de sus manifestaciones", como ya concluíamos el año pasado en uno de los Talleres de expertos del Congreso de Pastoral Evangelizadora.²⁵

Quizás las personas más comprometidas, y entre ellas, vosotros, los directivos, lo digáis de otra manera, como hacía ayer el ponente, pero no cabe duda que también sois conscientes y vivís con inquietudes esta faceta. Estos mismos Encuentros, tanto nacionales como de ámbito más local o específico, son buena muestra de ello.

Igualmente una amplia documentación, tanto de los que tienen en la Iglesia el ministerio de acompañar como pastores a la comunidad cristiana, como de aquellos que trabajan en el campo del estudio y la reflexión teológico-pastoral, no deja de reconocer y valorar la religiosidad y el catolicismo popular, pero al mismo tiempo pone en guardia de esas ambigüedades y deficiencias.

Hay dos textos fundamentales que posteriormente se citan con mucha frecuencia en otros documentos:

La religiosidad del pueblo, en su núcleo, es un acervo de valores que responde con sabiduría cristiana a los grandes interrogantes de la existencia. La sapiencia popular católica tiene una capacidad de síntesis vital; así conlleva creadoramente lo divino y lo humano: Cristo y María, espíritu y cuerpo, comunión e institución; persona y comunidad; fe y patria; inteligencia y afecto. Esa sabiduría es un humanismo cristiano que afirma radicalmente la dignidad de toda persona como hijo de Dios, establece un fraternidad fundamental, enseña a encontrar la naturaleza y a comprender el trabajo y proporciona la razones para la alegría y el humor, aun en medio de un vida muy dura. Esa sabiduría es también para el pueblo un principio de discernimiento, un instinto evangélico por el que capta espontáneamente cuándo se sirve en la Iglesia al Evangelio y cuándo se lo vacía y asfixia con otros intereses (Documento de Puebla, 1979, n° 448) (Recogido posteriormente Catecismo de la Iglesia Católica n° 1676).

Cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de la evangelización, contiene mucho valores. Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra

actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, despego, aceptación de los demás, devoción. (EN, 48; insertado después en el Directorio General para la Catequesis, 1997, n° 195).

Pero, inmediatamente y con mucha insistencia se añaden una serie de cautelas y unas recomendaciones para los pastores. Algunos ejemplos:

La religiosidad popular, hay que confesarlo, tiene ciertamente sus límites. Está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, es decir, a las supersticiones. Se queda frecuentemente a un nivel de manifestaciones culturales, sin llegar a una verdadera adhesión de fe. Puede llegar incluso a conducir a la formación de sectas y poner en peligro la verdadera comunidad eclesial. (EN 48)

Se necesita un discernimiento pastoral para sostener y apoyar la religiosidad popular y, llegado el caso, para purificar y rectificar el sentido religioso que subyace en estas devociones y para hacerlas progresar en el conocimiento del Misterio de Cristo (Cfr. CT 54). Su ejercicio está sometido al cuidado y al juicio de los obispos y a las normas generales de la Iglesia (Cfr CT 54). (Catecismo de la Iglesia Católica; 1676).

Es una realidad rica y a la vez expuesta a deformaciones, en la que la fe, que es su fundamento, necesita purificación y robustecimiento (Directorio General para la Catequesis, 1997, n° 195)

En este mismo punto ha incidido con frecuencia el Papa Juan Pablo II hablando a fieles y obispos españoles:

Esa religiosidad popular debe ser respetada y cultivada, como una forma de compromiso cristiano con las exigencias fundamentales del mensaje evangélico; integrando la acción de las hermandades en la pastoral renovada del Concilio Vaticano II, purificándolas de reservas ante el ministerio sacerdotal y alejándolas de cualquier tensión interesada o partidista. De este modo, esa religiosidad purificada podrá ser un válido camino para la plenitud de salvación en Cristo. (Discurso en la Beatificación de Sor Ángela de la Cruz, Sevilla 5 de noviembre de 1.982).

Todos estos factores que están presentes y que caracterizan en parte la religiosidad de vuestro pueblo, merecen vuestra atención continuada, respeto y cuidado -sé bien que a ello habéis dedicado vuestro estudio en varios momentos-, a la vez que vuestra incesante vigilancia, a fin de que

los elementos menos perfectos se vayan progresivamente purificando, y los fieles puedan llegar a una fe auténtica y una plenitud de vida en Cristo.

De modo especial deberéis fomentar y canalizar las tres devociones peculiares, que han sido desde hace siglos, y continúan siéndolo todavía, objeto de predilección en la religiosidad popular de vuestras gentes. Me refiero a la devoción a Jesucristo en el misterio de su Pasión y en el sacramento de la Eucaristía, así como a la devoción a su Madre Santísima en los misterios de dolor, de gozo y de gloria. (Discurso a los Obispos de las Provincias Eclesiásticas de Sevilla y Granada en la Visita ad limina, 30 de enero de 1982).

Os animo pues a que, con afecto paterno y prudencia pastoral, mantengáis y promováis aquellas formas de piedad en que se hace concreta y entrañable la adoración a la Eucaristía, la devoción a la Virgen María o la veneración debida a los Santos, evitando deformaciones espurias y exageraciones impropias mediante una adecuada catequesis y, sobre todo, integrando la devoción con la participación activa en los sacramentos y en la celebración litúrgica, cuyo centro es el misterio Pascual de Cristo. (Discurso a los obispos de las provincias eclesísticas de Madrid, Mérida-Badajoz, Toledo, Valladolid y arzobispo castrense en la visita ad limina el 15 de noviembre de 1997).

En este mismo sentido se ha expresado la Conferencia Episcopal Española en dos ocasiones recientes en las que, de pasada, ha hablado de la religiosidad popular.

Es preciso valorar en lo que valen las manifestaciones y expresiones populares de la fe cristiana. Estas manifestaciones de la piedad popular no siempre son valoradas ni atendidas en lo que merecen. Ellas son con frecuencia expresiones sencillas de una profunda raíz religiosa, no siempre suficientemente formada, pero con frecuencia ocasión de enriquecimiento religioso si sabemos interpretarlas adecuadamente y enriquecerlas con discreción, celo apostólico y buen sentido pastoral. ("Para que el mundo crea" (Jn. 17,21), Plan Pastoral para la Conferencia Episcopal Española (1994-1997).

Es preciso prestar mayor atención a la religiosidad popular de nuestro pueblo y reconducirla hacia una interiorización de la fe más profunda y más consciente. ("Proclamar el año de Gracia del Señor" (Is. 61,2; Lc. 4,19)), Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española para el cuatrienio 1997-2000, n° 52).

En todos estos textos, y en otros que se podrán citar, junto a valoraciones muy positivas, nos encontramos, y se han remarcado a idea, con expresiones que

suscitan una cierta postura de sospecha: necesidad de discernimiento, purificar (constantemente repetida), rectificar, vigilancia, evitando deformaciones y exageraciones, reconducirlas...

3.- Cofradías necesitadas de evangelización.

Al «profeta», que entiende muy bien todas estas cautelas, le hubiese gustado mucho más que la expresión más frecuente hubiese sido evangelizar, ya que ésta es la forma con la que la comunidad cristiana quiere presentarse ante el Tercer Milenio: siendo Iglesia que se evangeliza (EN 15) y que existe para evangelizar, teniendo como tarea y misión esencial la evangelización de todos los hombres (Cfr. EN 14).

Si el Papa Pablo VI, interpretando fielmente las enseñanzas del Concilio Vaticano II, presentó, sobre todo en la Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi (1975), como lo más propio de la Iglesia la acción evangelizadora, Juan Pablo II ha insistido e insiste en la urgencia de una nueva evangelización, preferentemente en aquellos países de tradición cristiana donde la fe no es ya una realidad viva y operante.²⁶

Llamar a una nueva evangelización es, en definitiva, tomar conciencia de que el anuncio del Evangelio, que define la misión de la Iglesia, tiene una especial vigencia en estos momentos, ya que debe traspasar la "misio ad gentes" (las "misiones") y llegar a los países tradicionalmente cristianos e incluso a la misma Iglesia como tierra de misión.²⁷ Ya lo decía Pablo VI:

Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. Pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, necesita saber proclamar "las grandezas de Dios" (Act 2,11; IP 2,9) que le han convertido al Señor, y ser nuevamente convocada y reunida por Él. En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el evangelio. (EN 15) .

Ante esta perenne misión eclesial, Juan Pido II considera que la novedad requerida en el momento parece exige que sea "nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión".²⁸

A esta tarea -siguiendo la postura del "profeta"- os invito. Este es el futuro de la Iglesia en el umbral del Tercer Milenio y, necesariamente, es el futuro por donde han de caminar nuestras Cofradías y Hermandades. Esta es la acción que ya ha comenzado en nuestro mundo, incluso en nuestra cultura agnóstica e indiferente, el Espíritu de Dios. A nosotros se nos pide que secundemos su acción en nuestro ambiente y que nuestras acciones impulsen la conversión que nos haga ser portadores más creíbles de la Palabra y del Amor de Dios.

No es tarea fácil, pues tenemos que vencer nuestras propias resistencias, nuestras inercias y nuestras acomodaciones. Además hemos de ser conscientes de que muchos de nuestros destinatarios, los mismos cofrades, están "bien situados" en su propia religiosidad, sin admitir otras exigencias, ni estar abiertos a la radicalidad del Evangelio. Incluso, en muchos casos, "están de vuelta del cristianismo". Posiblemente de un cristianismo mal percibido y entendido, poco formado y menos

vivido. Me ser cierto lo que dicen, el Dios que han conocido no ha sido para ellos gracia liberadora, fuerza y alegría para vivir, principio de vida y esperanza. Al contrario, a no pocos les ha quedado el recuerdo de un Dios peligroso y amenazador, que no deja disfrutar, alguien que hace la vida más dura y difícil de lo que ya es por sí misma. Y, naturalmente, van prescindiendo de ,Él.²⁹

Pero, repito, nos precede ya la acción del Espíritu, que "es el agente principal de la evangelización y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la palabra de Salvación". (EN 75).

4.- Hacia una pastoral específica.

Ayer, el ponente que trataba el presente de nuestras Cofradías, nos hacía ver pequeños signos de una, realidad que comienza a moverse y transformarse, aunque sea tímidamente. Esos son signos del Espíritu que nos convoca ahora a tener la audacia de comprometemos en- la tarea evangelizadora de nuestras Cofradías y de nuestros cofrades.

La década de los 80 fue el tiempo en que la mayor parte de las Hermandades procuramos acomodar nuestra historia y tradición a las exigencias, por lo menos legales, que planteaba el concilio Vaticano II y que concretaba el nuevo Código de Derecho Canónico. Ello nos trajo una visión nueva de nuestra propia identidad. La mayoría de nosotros nos definimos ahora como "asociación pública de fieles", lo que lleva consigo considerarnos actuando y viviendo como Iglesia en la Iglesia.

Hemos dado, en los 90, un paso más. Tal vez tímido y todavía con frutos escasos, pero con grandes ilusiones y esperanzas. Constantemente hablamos de "Cofradía todo el año", y ello nos ha ayudado a intentar poner la procesión en su sitio - manifestación pública de una fe, procurada vivir en lo cotidiano-, a primar la fraternidad, a redescubrir la dimensión socio-caritativa, a querer fomentar la educación religiosa y la celebración litúrgica, a empeñarnos en acciones parroquiales y apostólicas...

Pero estamos insatisfechos. Algo más nos pide el Espíritu.

Posiblemente debemos comenzar ahora el tiempo de la pastoral organizada y programada. Por supuesto, de una pastoral evangelizadora y, en muchos casos, con gran acento misionero. Una pastoral que vaya integrando en la realidad presente los inmensos valores que nuestro, ya multiseccular, movimiento de Cofradías y Hermandades ha descubierto, mantenido y transmitido de generación en generación. Pero al mismo tiempo, una acción pastoral que limpie "el polvo del camino que se nos ha ido pegando",³⁰ impregnando nuestra realidad actual del nuevo despertar evangelizador que el Espíritu nos está pidiendo.

Un proyecto que tenga como punto de partida la situación real:

- de nuestra Cofradía: con su historia, su presente, sus valores evangélicos vividos y sus deficiencias y carencias constatadas.

- de nuestros cofrades: su religiosidad, su postura práctica ante la fe en Jesucristo muerto y resucitado, su ligazón afectiva y efectiva con la Hermandad, su actitud ante la Iglesia, sus valores cercanos al Evangelio, su participación en la cultura ambiental de indiferencia religiosa.

- de nuestro mundo: desacralizado e indiferente,

pero con sed y necesidad de trascendencia; con una gran pluralidad de proyectos de vida, pero que, cada vez más, despersonaliza al hombre; que junto al consumismo, las nuevas bolsas de pobreza, la tecnificación, la publicidad y la violencia, fomenta el voluntariado, la solidaridad, la ecología, el pacifismo.

Una Pastoral que, teniendo en cuenta las necesidades detectadas y los valores apreciados, en unión con el proyecto diocesano,³¹ marque unos objetivos concretos, pocos y concisos, con unas acciones convenientes, usando, en muchos momentos, los medios que ya disponen nuestras asociaciones (revistas o boletines informativos, reuniones concretas, actos religiosos, tiempos de preparación a la Semana Santa, excursiones, comidas. ..), revitalizando, en otras ocasiones, antiguas costumbres (por ejemplo: una vivencia más intensa de la Cuaresma en aspectos religiosos, educativos y de acción caritativa) y, por fin, buscando, con creatividad, otros caminos nuevos. Con una pedagogía adecuada a la propia idiosincrasia del "ver y sentir" que caracteriza la religiosidad de nuestros cofrades, teniendo en cuenta el sentido que tiene para ellos las imágenes, los propios símbolos, la procesión como camino de fe e itinerancia de vida, la comunitariedad con los otros...

Este plan pastoral ha de pretender, ante todo, ser educador de la fe cristiana como experiencia profunda y globalizadora de la persona, que suscite una vida renovada por el mensaje y los valores evangélicos. Esto no es ajeno a la misma identidad de nuestras Cofradías, sino que está en lo más profundo de su propio ser, porque si "es la fe cristiana lo que da autenticidad a las manifestaciones religiosas de nuestro pueblo -según Juan Pablo II- necesita ser esclarecida y alimentada continuamente con la escucha y la meditación de la Palabra de Dios, haciendo de ella la pauta inspiradora de vuestra conducta en todos los ámbitos de nuestra existencia. (Vuestra Hermandad, ante todo, está llamada a ser una verdadera escuela de vida cristiana"³² A través de los tiempos se ha querido mostrar a Cristo, Dios y hombre, - en cada una de nuestras imágenes para que contemplándolas, dejándose "conmover" e interpelar por Él y su mensaje, fuéramos viviendo en su seguimiento.

4.1.-Espiritualidad cofrade.

Algo primero y esencial en nuestra religiosidad de cofrades es la veneración, "adoración, ' ,³³ devoción a la imagen central de nuestra Hermandad. Hemos visto con frecuencia que, siendo muy diversas las razones por las que cada uno de nosotros hemos accedido a nuestra Cofradía, rápidamente nos ha unido e identificado, incluso más que la insignias, hábitos y colores, el fervor que suscita el misterio o talla que procesionamos. Bastantes de entre nosotros se encuentran normalmente desligados de la totalidad del misterio salvador de Cristo, muchos no sienten la necesidad de participar dominicalmente en la asamblea eucarística, demasiados ven a la comunidad de fe que es la Iglesia como algo muy lejano e, incluso, como adversario opresor. Pero todos se encuentran especialmente vinculados a Cristo por medio del "paso" que procesionan. Nunca faltarán a los actos centrales de culto a la imagen, siempre les acompañará en la cartera, en el coche o en el dormitorio su reproducción y en muchas ocasiones se les verá delante de su altar en piadosa oración. Con la seriedad más profunda de su ser la acompañarán en sus desfiles procesionales, con la honda satisfacción de mostrar, aunque sea en el anonimato del rostro cubierto, a sus conciudadanos la belleza de amor al hombre que todas nuestras imágenes tienen como mejor mensaje.

Este mensaje es, precisamente, el fundamento de la fe cristiana y la base de toda evangelización. Por ello aquí tenemos el primer elemento para nuestra educación cristiana. Cada uno de nuestros "pasos" es un micro-evangelio, porque encerrando unos aspectos peculiares del Evangelio, resaltando unos valores evangélicos

determinados, siempre están en íntima conexión con la totalidad del misterio de Cristo y por ello con el anuncio e implantación de una forma distinta de vivir, que es el Reinado de Dios.³⁴

Aquí está la más profunda seña de identidad de cada Cofradía y de todo cofrade y por eso mismo, siendo cada vez más conscientes de nuestra principal finalidad, la meta de nuestra planificación pastoral ha de ir encaminada a marcar y propiciar un estilo peculiar de vida cristiana en cada Hermandad y en cada hermano. A este estilo de vivir desde el seguimiento de Cristo, se le da el nombre de espiritualidad. Y si es cierto que, en su fundamento, solamente hay una espiritualidad cristiana -un estilo de vida evangélico-, la gran riqueza, inabarcable por las personas concretas, del Evangelio, ha suscitado en todos los tiempos espiritualidades des determinadas que, sin perder la perspectiva global del mensaje evangélico y tendiendo hacia su vivencia, han acentuado matices concretos de acuerdo con la propia vocación de los individuos (espiritualidad sacerdotal, matrimonial, laical, etc.) o con las necesidades de los tiempos en que han surgido (espiritualidad franciscana, ignaciana, teresiana, neocatecumenal, etc.)

El misterio de Cristo, muerto y resucitado, la actitud ante él de unta María Virgen de Juan Evangelista o de la Verónica..., son también posible fundamento de un estilo peculiar de vida cristiana.

"Ver y sentir", contemplar y descubrir, el mensaje de Cristo en su entrada triunfante en Jerusalén, en la última Cena -instituyendo la Eucaristía o lavando los pies a sus discípulos- en su oración en el huerto, en su prendimiento, en su juicio ante el Sanedrín o ante Pilato, negado por Pedro, coronado de espinas, flagelado, expuesto ante el pueblo como "el hombre" (Ecce Homo, Nazareno), abrazado a la Cruz, camino del Calvario, amonestando a las mujeres que lloran e imprimiendo su rostro en el lienzo de la Verónica, cayendo tres veces y teniendo que dejarse ayudar por el Cirineo, encontrándose en el camino con la Madre, despojado de sus vestiduras, clavado en la cruz, exaltado en alto, entre dos bandidos, teniendo a los pies a María y a Juan, perdonando y teniendo sed, pronunciando en Siete Palabras su testamento, para morir en silencio, siendo traspasado su corazón por una lanza y descendido su cuerpo muerto que es recogido en acto de Piedad por su Madre Dolorosa y Lagrimosa, Señora de Angustias y Esperanza que le ve conducido al Sepulcro, para desde allí ser resucitado. En todo el mensaje y en cada escena está Jesús de Nazaret, el Señor, el Cristo, anunciando la Buena Noticia, mostrando el rostro paternal de Dios, sanando al hombre e iniciando la nueva época del Reinado de Dios.

Este es el fundamento de la espiritualidad cristiana y la fuente de diversas concreciones de vida. Es necesario hacer el esfuerzo de una contemplación profunda y orante ante nuestras imágenes, ayudados por los textos evangélicos, quizás, con la pequeña orientación de algún experto escritorista o teólogo, y teniendo en cuenta la historia y tradiciones de la misma Hermandad, para que, desde la propia sensibilidad seglar y popular, se pueda ir definiendo un estilo de vida (espiritualidad) que, fundamentado en el mensaje evangélico que muestra nuestra imagen, se haga programa de nuestra vida. Intentando vivir esta espiritualidad se irá marcando la identidad más profunda y propia de cada Cofradía, e inspirará el "proyecto personal de vida"³⁵ de cada cofrade que, descubierto aquí - en la Cofradía- determina el ser cristiano en el trabajo, en la familia, en las relaciones sociales, en el ocio, en la política...³⁶

4.2.- Cofradía educadora de la fe

Si en la espiritualidad está la clave de nuestra personalidad propia y de nuestra evangelización, también tendrá necesariamente, que inspirar algo que se nos presentaba ayer como una peculiaridad de renovación y una necesidad de futuro.

La formación del cofrade.

Para adentrarnos en este tema tan importante, necesario y sugestivo, habrá que precisar, una vez más la situación en la que nos encontramos. Nadie duda, ni desconoce, hoy, el gran intento que están realizando nuestras diócesis y parroquias en pro de una educación de la fe de jóvenes y adultos. Estamos pasando de la etapa, necesaria, en que en los documentos eclesiológicos, en las asambleas nacionales y diocesanas de catequesis, en los Sínodos, en las reflexiones de los consejos Presbiterales y Pastorales y en las programaciones se declaraba como prioritaria la catequesis de adultos, a una nueva etapa de implantación y realización, aunque todavía insuficiente, de esa actividad educativa. Esta constatación solucionaría nuestro problema, como hemos escuchado alguna vez a algún celoso párroco que es consiliario de una Cofradía, integrando a los cofrades en grupos catequéticos de la parroquia. Pero la realidad, en demasiados casos, es muy distinta. Numerosos cofrades veteranos están tan felices con su devoción y el cumplimiento de sus obligaciones, no sienten ninguna necesidad de profundizar más en su vida creyente, consiguen con sus ritos "estar a bien con Dios" y no aspiran a más. "Muchos jóvenes, que en débil sintonía con el significado religioso de la Semana Santa se inscriben en las Hermandades y Cofradías ,³⁷ todavía ven más lejana la necesidad de un compromiso que les llevase, semana tras semana, a tratar de fundamentar una fe que todavía no perciben como algo propio y totalizante. Pero, ¡cuidado!, no echemos nosotros, los responsables, balones fuera, pues bastantes de entre nosotros no están tan lejanos de posturas similares y ni siquiera el sentido de responsabilidad que ha engendrado entre nosotros tan buenos técnicos en imaginería, en instrumentos musicales y en bordados, o incomparables archiveros e historiadores y que nos ha comprometido en tiempo y hasta dinero con la asociación, no consigue siempre que nos planteemos la llamada, no sólo a formarnos para orientar evangélicamente la Cofradía y ser educadores de nuestros hermanos, ni tan siquiera para ser ante todos testigos que saben dar razón de su propia fe.

Pastoralistas y catequetas apuntaremos enseguida que en nuestra pastoral se ha de primar, como educación de la fe, la acción misionera que es la actividad por la que los cristianos, mediante el testimonio de su vida y el anuncio explícito hacen presente el Evangelio, en orden a la conversión³⁸ y que es una propuesta de Buena Nueva en orden a una opción sólida de fe.³⁹ Aunque este primer anuncio va dirigido de modo específico a quienes nunca han escuchado la Buena Noticia o a los niños, se está volviendo cada vez más necesario para un gran número de personas que recibieron el bautismo, pero viven al margen de toda vida cristiana. (EN 52)

No obstante, siendo realistas, hay que afirmar que no partimos de cero. La religiosidad popular, centrada en Cristo, es una excelente base para anunciarlo a Él mismo. Además va abriendo constantemente lazos de conexión con Él, pues todo cofrade se compadece de su sufrimiento, da sentido a sus cruces en la Cruz, se percibe a sí mismo de alguna manera "culpable" del sufrimiento de Cristo, al mismo tiempo que confía en su fuerza curativa para sus propias miserias y, aunque de forma más tenue, espera que el fruto de esta pasión y muerte sea de resurrección, porque todo esto tiene un sentido.

Además contamos con abundantes símbolos que llevan a descubrir un significado que abre a la experiencia cristiana: el hábito como vestidura nueva, la luz de nuestras velas, la presencia de los que murieron (Cruz in memoriam), el hecho de ser cofrades (co-frater) o hermanos, la procesión como camino o itinerancia... Buscar, proclamar y educar en el sentido de estos símbolos es un buen paso para el encuentro de significado cristiano a lo que vivimos que, por supuesto, nos enlaza con el misterio de Cristo al que acompañamos o llevamos sobre nuestros hombros, pero que, por la conversión personal y adulta, hemos de llevar

en nuestra vida.

Buen complemento para esta acción misionera que, en muchos casos solamente pueden realizar nuestras cofradías, sería la invitación a vivir, en el momento oportuno, otras experiencias misioneras como pueden ser los Cursos de Cristiandad, pre-catecumenados parroquiales, etc.

Después en algún momento, habrá cofrades que estarán dispuestos a seguir un proceso catequético que fundamente su fe adulta. Aquí sí que será preciso y conveniente la integración en grupos parroquiales de jóvenes y adultos. Pero tampoco la Hermandad deberá descuidar la formación continua, centrada, con una pedagogía propia, en lo que hemos dado en llamar espiritualidad cofrade. Presentar esta espiritualidad, reflexionar sobre ella, orar desde ella, exigirse personal y comunitariamente la vivencia de los valores que encierra, será un buen paso, bastante aceptable por todos y no muy difícil, de educación cristiana. Pero lo estamos presentando, intencionadamente, como algo dinámico, que no se concluye nunca, porque la vivencia del Evangelio es imposible que se pueda conseguir en plenitud en nuestra vivencia terrena, pero además, por otro lado, habrá que ir concretando aspectos y exigencias conforme cambien las situaciones religiosas, culturales y sociales.

Otro aspecto muy importante, y que debemos abordar con urgencia, es la formación de los cuadros dirigentes de nuestras Cofradías. De simples organizadores de procesiones y otros actos de culto o sociales, están pasando a ser auténticos animadores comunitarios y han de estar preparados para ser animadores de la vida de fe. En bastantes casos son, y deben ser, los agentes de pastoral más cercanos a un gran número de personas: los miembros de nuestras asociaciones. Mantienen vivo o ayudan a recobrar el sentido más profundo de la Hermandad, que casi siempre está en el espíritu con que se fundó y que se ha ido enriqueciendo, con "polvo" por supuesto, a través de los tiempos con los usos y costumbres legítimos. Junto a ello han de tener un sentido de apertura y de iniciativa para, leyendo las necesidades de cada tiempo, saber dar respuestas adecuadas. No se puede vivir en la nostalgia de un tiempo pasado, sino que, actualizando lo bueno, hay que vivir en el presente. Y para todo esto, además de tomar conciencia de la propia misión hay que contar con preparación adecuada. Lo primero será el conocimiento - reflexionado- de la historia, costumbres, significados y espiritualidad de la Cofradía y del movimiento engendrado por estas asociaciones. Pero son necesarios, también, conocimientos suficientes del misterio de Cristo (cristología), de la realidad de la comunidad eclesial (eclesiología), y de teología del laicado. Junto a ellos, principios de pedagogía religiosa, programación pastoral y técnicas de animación. Pero no sólo como educación de conocimientos teóricos, sino, sobre todo, como asimilación en actitudes vitales.

Todas las diócesis suelen tener organizados algún tipo de formación de agentes de pastoral. Al no ser nosotros una tribu diferente, sino miembros de la misma Iglesia, deberíamos integrarnos básicamente en ellos, sobre todo para profundizar en aquellos aspectos más fundamentales, elementales y comunes. Pero habría que completar con temas más específicos, como en muchos sitios se hace con los catequistas, educadores de la fe en el tiempo libre, animadores litúrgicos, dirigentes de Cáritas, etc. La organización de esta formación más propia es tarea fundamental de Juntas, Consejos, Delegaciones y Secretariados diocesanos.⁴⁰

La buena voluntad, el amor a la cofradía, la entrega desinteresada que tanto valen, deben complementarse en estos tiempos con la formación adecuada.

Una última cuestión sobre la educación de cofrades y dirigentes es la de los materiales que pueden ayudarnos. Ayer mismo se proponía algo así como un "catecismo cofrade". Personalmente no creo acertado el título, ya que reservaría la palabra "catecismo" para lo que tradicionalmente se ha entendido como tal: libro de

"documentos de la fe" (CC 233) "síntesis orgánica de la fe" (DGC 119) que, por ser acto de magisterio del Papa (DG-C 120) o de los Obispos (DGC 284), tienen unas características determinadas y los hacen distintos a otros "instrumentos de trabajo" (DEC 132,283) necesarios también para la educación de la fe.

Precisamente esto es lo que nos hace falta: unos textos didácticos que, teniendo en cuenta las autorizadas síntesis de fe que se presenta en el Catecismo de la Iglesia Católica y en los Catecismos del Episcopado Español, tomen en consideración las peculiaridades de la idiosincrasia de las Cofradías (valoración de la imagen, símbolos, unión de personas, tradiciones, etc.) y la, muchas veces, común ignorancia religiosa de nuestros cofrades.

Todos debemos apoyar la idea de la preparación de materiales de este tipo, pero hay que encontrar caminos operativos y eficaces para realizarlos con urgencia. Una vez más deben implicarse en ello Delegaciones y Secretariados Diocesanos, Juntas o Consejos de Cofradías. Incluso, también grupos de trabajo creados al efecto, con mentalidad eclesial y laical, con asesoramiento de expertos en educación de la fe, en el saber teológico y en la problemática actual, pueden abordar de inmediato esta costosa pero necesaria tarea. Y si esto no se puede hacer por los cauces orgánicos que ya existen o puedan existir, sigamos el mismo camino con que hace, ya once años, comenzamos estos Encuentros: algunos voluntarios que se comprometan en esta tarea.

No obstante, ni se puede desperdiciar el tiempo, ni dar pasos de ciego en una empresa tan importante y necesaria. Por eso, pienso que la primera etapa debería de ser la redacción de un documento base en el que se expresasen las características de la formación de los cofrades, la pedagogía que tendría que utilizarse, los cauces y momentos para su desarrollo y el temario básico para los distintos niveles: directivos, iniciación en la vida cofrade, formación permanente.

4.3.- Cofradía que celebra la fe.

La formación debe, sobre todo, ponernos en contacto con la Palabra de Dios que nos muestra el misterio del Padre, de Cristo Dijo, de Espíritu Santo dador de vida y del proyecto de amor de Dios en favor del hombre. Así nos evangeliza y convierte, propiciando la experiencia creyente. Pero, al transformarse en experiencia y vida de fe, exige ser celebrada. Por eso nuestros programas pastorales no podrán olvidar nunca la celebración eclesial de la fe.

Entre los grandes valores que todo el mundo atribuye y nadie niega a la religiosidad popular, destaca el sentido, tan necesario, de fiesta y de expresión pública de lo religioso. Muchas veces la espontaneidad imaginativa del pueblo desea expresar sentimientos profundos de una viveza extraordinaria de la que está desposeída todo lo firmemente regulado. Por eso parece que se da una especie de incompatibilidad entre la manifestación vitalista popular y las celebraciones más verbalistas, estereotipadas y de, alguna manera, distantes de las celebraciones litúrgicas. No siempre ha ido así. Como muestra no me resisto a no citar dos fragmentos de un antiguo texto de finales del siglo IV, en el que la peregrina ¿gallega? Egeria relata la celebración de la Semana Santa de Jerusalén que preside el obispo san Cirilo el año 383:

Acude muchísima gente, (la tarde del jueves) cansados por las vigiliass y ayunos de todos los días; por eso, bajan el monte muy despacio cantando himnos hasta Getsemaní. Preparan más de doscientas antorchas para alumbrar a todo el pueblo. Al llegar rezan una oración apropiada, dicen un himno y leen el pasaje del evangelio donde se narra el prendimiento del Señor. (Mt

26,47-56) Apenas leído el texto, prorrumpe todo el pueblo en sollozos, gemidos y llantos tanto que se podría tal vez oír en la ciudad

Entre tanto instalan la cátedra del obispo en el Gólgota, detrás de la Cruz que ahora está levantada. El obispo se sienta en la cátedra (a media mañana del viernes) teniendo delante de sí una mesa cubierta con un lienzo; en torno a la mesa están en pie los diáconos. Traen entonces el relicario de plata dorada que contiene el leño de la cruz; abren el relicario, lo sacan y ponen sobre la mesa el leño de la cruz y el título. Una vez colocado sobre la mesa, el obispo, sentado, agarra con sus manos los extremos del leño santo. Los diáconos, en pie, alrededor, hacen la guardia porque acostumbra a venir toda la gente, uno por uno, fieles y catecúmenos. Se inclinan ante la mesa, besan el leño santo y van pasando. Cuentan que una vez, no sé cuándo, alguien de un mordisco se llevó del santo leño; por eso ahora los diáconos se ponen alrededor y lo guardan cuidadosamente para que eso no vuelva a ocurrir. El pueblo va pasando uno por uno.⁴¹

Hay aquí unidad entre lo litúrgico, presidido por el obispo y los clérigos, y lo popular. Rememoran la pasión en el lugar en que ocurrió y con la lectura del acontecimiento según lo relatan los libros sagrados. El pueblo demuestra sus sentimientos con llanto y hasta se desborda el fervor popular en la anécdota de aquel que con un mordisco se proporcionó una reliquia de la cruz.

Posteriormente, poco a poco, y sobre todo en Occidente con el predominio, a partir del siglo XI, del austero rito romano y el paulatino desconocimiento del latín por el pueblo que comienza a hablar sus propias lenguas, la liturgia se va haciendo cada vez más lejana a las gentes. Pero la fe y el sentimiento del pueblo siguen vivos en una sociedad que cada vez se sentía más inmersa en un clima sociológico de cristiandad. Por esto las masas populares van descubriendo unas nuevas formas, de alguna manera enraizadas en costumbres antiquísimas -cristianas y no tan cristianas-, de expresión de su sentir y su creer. Va naciendo un paralelismo, e incluso una divergencia, entre la religiosidad del pueblo y la celebración litúrgica del misterio cristiano.

Parecía que la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, sobre todo con el retorno de las lenguas vernáculas, iba a solucionar este problema. Y si es cierto que los frutos conseguidos han sido notables, no ha sido lo satisfactorio que se esperaba. Por ello han sido numerosos los abusos de "creatividad" que se han dado y, además, el pueblo sigue necesitando otros cauces para expresar su piedad que no siempre están bien cimentados en el misterio de Cristo y en la mediación de la Iglesia.

Numerosos toques de atención por parte de la Jerarquía y esfuerzos notables de muchas Cofradías por fomentar la participación de los cofrades en la liturgia, no han sido totalmente asumidos- Esto exige que en el futuro más próximo y en los planes pastorales que debemos ir elaborando, tengamos conceptos muy claros sobre el valor único de la celebración litúrgica:

Toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con

el mismo título y en el mismo grado, no le iguala ninguna otra acción de la Iglesia. (Concilio Vaticano II, Constitución sobre la Liturgia, SC 7)

La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza (...) De la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros como de su fuente, y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin (SC 10)

Con todo, la participación en la sagrada liturgia no abarca toda la vida espiritual SC 12

Es preciso que estos ejercicios (de piedad popular) se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven al ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos. (SC 13)

Acercar a la celebración litúrgica desde la piedad popular va a ser también labor de nuestras Hermandades si optan por la evangelización para entrar en el próximo siglo. Será necesario, también aquí, una mejor formación y una serie de decisiones, quizás audaces, para ir centrando nuestro culto

en las acciones litúrgicas, especialmente en la Eucaristía, el domingo y en la celebraciones de los oficios del misterio de muerte y resurrección de Jesús. Pero no solamente por normas estatutarias o de la Jerarquía⁴², sino porque ciertamente "en ella, los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre " (SC 7)

Parte importante de la liturgia es, sin duda, el año litúrgico. En él se recuerda la obra salvífica, de Cristo. La Iglesia "abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación- ESC 102). Especial relieve debe tener la celebración del misterio pascual que, al parecer⁴³ ya desde tiempos apostólicos se conmemora cada semana en el domingo y que, desde época posterior pero muy antigua se hace con la máxima solemnidad en la Pascua.

Al programar nuestras actividades no olvidemos la necesidad que tenemos los cristianos de celebrar siempre la fe. Instituyamos en nuestra Cofradías «equipos de liturgia» que dediquen tiempo a preparar celebraciones vivas sabiendo elegir de los muchos medios que posibilitan los libros litúrgicos. Aprovechemos para ello los cuatro tiempos fuertes del año litúrgico: Adviento. Navidad, Cuaresma y Pascua.

Sé muy bien que, sobre todo aquí, el ideal es participar en la liturgia parroquial. Y esto tanto la Hermandad como cada cofrade. En unos casos porque la Cofradía debe de ser uno de los grupos que forman la parroquia, que cada vez se debe de entender más como «comunidad de comunidades».

En otros, porque cada cofrade deberá sentirse miembro de su propia comunidad parroquial. Pero, opino, que no es inoportuno que, los que en una Cofradía pretenden seguir el proceso de vida de fe, la celebren también juntos, por lo menos en algunas ocasiones particulares: fiestas titulares, recepción de nuevos hermanos,

etapas de un proceso formativo, memoria de los difuntos, algún acto en los diversos tiempos litúrgicos, etc. Incluso se debería fomentar por Juntas o Consejos locales o diocesanos algunas celebraciones cofrades para fomentar entre todos el espíritu comunitario que tantas veces nos falta entre quienes compartimos en asociaciones distintas un mismo ideal. Además, estas celebraciones, en algunas ocasiones presididas por el obispo, serían un signo de integración de nuestro movimiento en la Iglesia diocesana.

4.4.- Cofradía comunidad de fe

Quienes acogen con sinceridad la Buena Nueva, mediante tal acogida y la participación en la fe, se reúnen pues en el nombre de Jesús para buscar juntos el reino, construirlo, vivirlo. (EN 13)

Así nació y nace la Iglesia: reuniéndose, los que van creyendo, en el nombre de Jesús, para juntos, «en comunidad», realizar en el tiempo y en el espacio la misma misión de Jesús que es anunciar y realizar el Reino de Dios.

Una de las grandes aportaciones del Concilio Vaticano II y de la mejor teología que le precedió y de la que después lo ha interpretado, ha sido recobrar para designar a la Iglesia el primitivo concepto de comunidad.

Los hombres y mujeres que aceptan el don de Cristo que es el bautismo, entran a vivir en comunión con la vida íntima de la Santísima Trinidad, siendo hijos del Padre, hermanos del Hijo, animados (vitalizados) por el Espíritu Santo. Este don de comunión con «el Santo», sobrenatural e invisible, pero constituyente de la nueva identidad del creyente, se hace visible al crear vínculos fraternos con los demás hombres y mujeres que han recibido el mismo bautismo (comunión de los santos). La comunión, íntima e invisible, necesita de la visibilidad de la comunidad en la que se den cauces de relación y acogida como hermanos, en la que nos sintamos responsables unos de otros y procuremos compartir los bienes espirituales y materiales que hemos recibido de Dios.

La Iglesia es la comunidad en la que recibimos, vivimos y compartimos el don de la comunión.⁴⁴

Los cristianos se han llamado siempre hermanos en recuerdo de aquella enseñanza de Jesús: "Uno solo es vuestro Maestro y todos vosotros sois hermanos" (Mt 23,8). Y siempre han insistido en la necesidad de vivir esta fraternidad.

Pero esto no puede quedarse en un lenguaje bello y utópico, sino que tiene unas repercusiones prácticas e incluso estructurales. Frente a una masificación y despersonalización anónima de "fieles", hay que empeñarse en una vivencia comunitaria en la que se sea capaz de acoger, respetar, ayudar, educar, celebrar y convivir con personas concretas, con nombres y apellidos, que tienen distinto nivel de fe, diferente sensibilidad, diversos dones y carismas, variadas condiciones sociales (edad, sexo, estado, cultura, posibilidades económicas). Para que esto sea posible hay que encontrar cauces institucionales en que esa relación sea cercana y personal.

Una Iglesia que se organice en grupos, comunidades y asociaciones a través de las cuales el evangelio pueda ser verdad cercana para cada hombre y sean realizables tales experiencias de vida (perdón, misericordia, esperanza, redención, solidaridad, paz y reino de Dios); grupos en que

cada hombre pueda sentirse amado y urgido a seguir los imperativos del Reino y, en que más allá de la virtud o pecados propios se propongan las Bienaventuranzas como programa de vida. (..) Una Iglesia así hace actual la revelación en la medida en la que, portando en su memoria el destino de Jesús, introduce a una experiencia de, vida, inmediatiza unos valores y unos presentimientos, actualiza unos hechos y hace surgir esperanzas . que ofrece limpiamente como don del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús ⁴⁵

Los orígenes, la historia, la tradición y el momento presente de nuestras asociaciones están en completa sintonía con esta idea. El propio nombre -en su versión derivada del latín (co-frater: cohernano) o más castellana de Hermandad (grupo de hermanos)- y la realidad que quiere indicar, expresan ese sentido comunitario. Esto se hace patente, sobre todo, en la manera de designarnos unos a otros como "hermano". Y, con las dificultades normales entre personas, se ha hecho siempre y se sigue haciendo un gran esfuerzo para vivir entre nosotros esa realidad. Como muchas veces el número de miembros de algunas Hermandades no permite salir del anonimato se hacen esfuerzos para que de alguna manera (secciones, tercios, grupos de paso, etc.) se pueda paliar esta dificultad. Bolsas de solidaridad, atención a enfermos, dar cuenta de noticias personales en los boletines, etc. Se cuidan con esmero para tratar de lograr que cada uno sea tenido como persona concreta.

Como no siempre se consigue, nuestros planes de actuación pastoral, con imaginación, tendrán que proyectar actividades y mecanismos eficaces que acentúen en la práctica este elemento, constituyente esencial tanto de la Iglesia como de esa parcela suya que son nuestras Cofradías. A ello ayudarán los actos formativos, las celebraciones litúrgicas, las comidas de hermandad, la preparación de actividades en común, las peregrinaciones que se puedan programar, la apertura en horarios fijos de nuestras usas de Hermandad, sedes o, más humildemente, locales.

Buena ocasión para esta vivencia comunitaria podía ser, precisamente, la programación pastoral que continuamente estoy proponiendo en este trabajo. Ante un nuevo siglo, en una situación constatada de incremento numérico y vital de nuestro movimiento penitencial, parece conveniente que cada Cofradía realice, con la participación activa de todos, una profunda reflexión sobre su realidad, con referencia a su propia tradición, para ir proyectando su futuro, definiendo su espiritualidad cofrade propia, acordando objetivos prioritarios y programando las actividades con las que conseguirlos en largo y cono plazo. Las Cofradías muy numerosas quizás necesiten un tiempo previo, en el que por grupos de hermanos estudien los temas que en una Asamblea General posterior se aprueben comunitariamente. Un trabajo de este tipo, realizado por todos, además de ser mejor asumido y de hacer visible a la comunidad, consigue acrecentar los valores fraternos que pretendemos vivir.

El espíritu comunitario, aunque intelectual y cordialmente lo tengamos asumido, no es siempre una realidad fácil. Con frecuencia vivimos tensiones en el seno de nuestras Cofradías. Existen demasiados grupúsculos cerrados en sus propios intereses. En ocasiones, influidos por el ambiente social, se crean grupos de poder que, bien en el gobierno de la Hermandad, bien en una especie de oposición, quieren mantener ante todo sus propios criterios para la marcha de la Cofradía. No nos resultaría difícil enumerar demasiadas ocasiones de conflicto interno que se han dado en los últimos tiempos. Será necesario hacer un esfuerzo para que al tratar de solucionar estos problemas primen siempre los valores evangélicos: la oración, el diálogo, el perdón (pedido y concedido), el interés prioritario de que no se rompa la fraternidad. Incluso, tomando como referencia el rostro misericordioso

de Dios que nos muestra Jesús en la pasión que tanto veneramos, nos deberá mover a la misericordia y a trabajar con ahínco por una sincera reconciliación. Muy propicio para restañar heridas pasadas es el "tiempo de Misericordia" que se nos avecina en los próximos años: 1999, Año Jubilar Compostelano, con su mensaje de "gran perdonanza" y 2000, con el gran Jubileo que nos invita a entrar reconciliados en el próximo Milenio.

Estas signos de participación en la definición de los caminos concretos de nuestra Hermandad y de perdón y reconciliación, harán por medio de nuestras Cofradías - como apuntaba el teólogo González de Cardedal- creíble el Evangelio de Jesús. Nuestra comunidad se hará así evangelizadora y actuará en la construcción del Reino.

Precisamente, como hemos visto, este es el objetivo de "reunirse en nombre de Jesús": "buscar juntos el Reino, construirlo y vivirlo". Esto exige que los grupos creyentes no puedan vivir encerrados en sí mismos. Su finalidad es transformar el mundo. Construyéndolo según los fundamentos del Reino anunciado por Jesús.

Nuestras Cofradías que han proclamado siempre con sus procesiones la llegada del Reino en la persona de Jesús muerto y resucitado, tampoco han olvidado desde sus orígenes la tarea de hacer un mundo distinto. Esa ha sido la finalidad de sus obras caritativo-sociales, no sólo de atención a los mismos hermanos, sino extendiéndose a otros ambientes de marginación y pobreza. En los tiempos actuales, con el renacer de nuestras asociaciones, la mayor conciencia de solidaridad y la actualidad del voluntariado se ha incrementado también esta dimensión, incluso con un sentido más eclesial y misionero. Existen, como se nos mostraba ayer, experiencias muy ricas que pueden marcarnos caminos. Tal vez tendríamos que incrementar la colaboración entre diversas Hermandades para objetivos y acciones concretas.

No puede, sin embargo, agotarse aquí la labor de construcción del Reino para nuestras Hermandades. Ellas son asociaciones de laicos.

A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyen desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubren a Cristo a los demás, brillando ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad (LG 31)

Para esta misión, también lo dice el Concilio, tienen la vida y el impulso del Espíritu (Cfr. LG 34) que les llega por medio de la Palabra de Dios y de los sacramentos (Cfr. LG 37), principalmente del bautismo y la confirmación en virtud de los cuales reciben la personalidad cristiana y la misión (Cfr. LG 33). Cuentan con la ayuda de la misma Iglesia y en su nombre realizan su apostolado.

Nuestras Cofradías son lugar apropiado para aprender, junto a Cristo «el Hombre» en su pasión, muerte y resurrección, el amor que deben llevar al mundo; el sentido de justicia que tiene que regular las relaciones sociales, económicas y políticas; la misericordia, el perdón, la curación para el hombre herido; la opción por los que menos rostro de hombre tienen. Además, con la espiritualidad cofrade, les ofrece el estilo de vida con el que se comprometen y dan testimonio. Allí es reconocido como persona concreta, experimenta un amor verdadero que le acoge y le cura cuando su propia vida comprometida es maltrecha en el mundo hostil y, al mismo tiempo, quien deberá impulsarla de nuevo para continuar el camino.

5.- Final

Al llegar a este punto, «el profeta» teme haber abusado de vuestra paciencia. Por ello, habiendo dicho casi todo lo que quena, ve llegado el tiempo de concluir. Lo hace embargado de una gran esperanza, porque está seguro que el camino comenzado hace siglos y que tiene mucha vitalidad en el presente, se abre a un futuro que puede ser muy fructífero, si se deja conducir por los caminos que en cada tiempo, también en el umbral del tercer milenio, abre a la Iglesia el Espíritu.

Por eso parecen un buen y autorizado resumen estas palabras pronunciadas por Juan Pablo II hace sólo un par de meses:

Se ha de procurar que todo grupo eclesial, como las Hermandades y Cofradías, sean ámbitos propicios para la formación cristiana de sus miembros y cauce de su plena integración en la vida de la comunidad eclesial, participando en la celebración de los sacramentos, principalmente de la Eucaristía, estando unidos a sus pastores, colaborando con ellos en el marco de la pastoral de conjunto y promoviendo incesantemente el compromiso de caridad y solidaridad que es característico de una comunidad verdaderamente cristiana y fraterna.⁴⁶

Pero «el profeta» está asombrado -¡el asombro es siempre propio de los profetas!- de haber descubierto un sentido más profundo a lo que hasta hace poco tiempo era lo primordial de nuestras Cofradías: la procesión. Él la ve ahora como la expresión pública de una vida cotidiana: porque pretendemos vivir nuestro camino por el mundo desde el misterio pascual de Cristo, en cofradía (unidos a los hermanos), presentamos, como testigos de nuestra fe, un retazo de este misterio a nuestros conciudadanos, precisamente en la calle que es donde se realiza la vida.

Se ha dicho, con razón, que nuestras procesiones son una excelente catequesis, pero solamente se logrará esto, cuando nosotros, los catequistas, seamos testigos en el procesionar cotidiano de nuestra existencia. Ayudarnos a conseguirlo es el objetivo principal de nuestras Cofradías y Hermandades.

Y «el profeta» termina, como es su obligación, proclamando:

Llegan días
nuevos,

en los que el
Señor, nuestro
Dios, seguirá
actuando, con
bondad,

en favor de los
hombres.

Nos infundirá un
Espíritu nuevo

para que seamos
su pueblo y el sea

nuestro Dios.⁴⁷

No tengáis miedo.

¡Abrid de par en
par vuestras
puertas a Cristo!⁴⁸

Él ha resucitado

y hace nuevas
todas las cosas.

Porque le
acompañáis
apasionadamente
en su dolor,

vivid como
resucitados.

Preparad con
vuestras vidas en
el desierto del
mundo un camino
al Señor;

allanad en la
estepa una
calzada para
nuestro Dios,

que lo torcido se
enderece y lo
escabroso se
iguale⁴⁹

Corred el riesgo de
vivir el AHORA de
la salvación.

Navegad mar
adentro y echad
las redes.⁵⁰

Atreveos a ser
hijos fieles de la
Iglesia,

madre y hermana,

pero, sobre todo,
comunidad de
amor.

María, proclamada
la semana pasada

en esta misma
ciudad.

EVANGELIO
VIVIDO ⁵¹

sea la columna
que os guía de
noche y de día ⁵²

como madre,
maestra y primera
creyente.

Este es el tiempo
de la gracia;

ahora es el día de
la salvación ⁵³

Ahora y en el
tiempo futuro
(Tercer Milenio)

haced lo que Él os
diga ⁵⁴

NOTAS

1. Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Ésta es nuestra fe, ésta es la fe de la Iglesia, Tercer Catecismo de la comunidad Cristiana, EDICE, Madrid, 1987, págs. 17-1

2. J.M. MARDONES, Para comprender las nuevas formas de la religión, Editorial verbo Divino, Estella (Navarra), 1994, pág.32.

3. P.BERGER, Para una teoría sociológica de la religión, Kairos, Barcelona, 1972, pág. 154.

4. L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, Ideas y creencias del hombre actual, Sal Terrae, Santander, 1991, pág. 50.

5. Cfr. Idem págs. 50-57.

6. P. VALADIER, La Iglesia en proceso. Catolicismo y sociedad moderna, Sal Terrae, Santander, 1990., pág. 21. 3

7. Iglesia Viva, nº 140-141 (1989) pág. 283.

8. Los marxistas españoles y la religión, Madrid, 1977, pág. 117.

9. Fenómeno, el de la desinstitucionalización, que, por otra parte, no es exclusivo de lo religioso, pues en todo Occidente, se constata una desconfianza y apatía generalizadas frente a otras instituciones sociales, desde el ejército, hasta la universidad, en los partidos políticos igualmente que en los sindicatos. Algunos sociólogos apuntan una tendencia hacia una sociedad más individualista, consumista y sin vinculaciones.

10. A. PALENZUELA, en Religiosidad popular y nueva religiosidad (XVII Encuentro de Arciprestes de la Iglesia de Castilla) 1997, pág. 44.

11. Cfr. Ibidem, pág. 47.

12. J.M.MARDONES, o.c. pág. 122

13. A. NATALE, Despertar religioso: nuevas formas de religiosidad, Selecciones de Teología, 126, pág. 133; un buen análisis de la New Age puede encontrarse también en J. CALVO GUINDA, New Age (La nueva Era), Revista Aragonesa de Teología, 1, (1995) págs. 7-16.

14. Expresión que suele emplear L. MALDONADO y que justifica en su artículo La religiosidad popular, ¿Una nueva sensibilidad al final del siglo? en AA. VV. Escuchar al mundo, oír a Dios. Teólogos y Educación, PPC, Madrid, 1997, pág. 14: "A esta religiosidad popular conectada con la fe cristiana se le puede llamar catolicismo popular. Consideramos catolicismo popular cuando hay relación de esos estratos con la fe en Jesús, con el credo cristiano, con el evangelio".

15. R. BERZOSA, Evangelizar en una nueva cultura, Respuesta a los retos de hoy. San Pablo, Madrid 1998, pág. 90.

16. Sin pretender ser exhaustivo, ni bien informado y solamente a título de ejemplo, citaré: Ponencia Pastoral misionera y religiosidad popular en las Jornadas Sacerdotales de la Diócesis de Teruel-Albarracín (1996) Asamblea Diocesana de Hermandades de Sevilla (1997-98), Sesión de trabajo en el Consejo Diocesano de Pastoral de la Diócesis de Orihuela-Alicante sobre La animación misionera de la religiosidad popular. (1997), XVII Encuentro de Arciprestes de la Iglesia en Castilla sobre Religiosidad popular y nueva religiosidad (1997), Sesión del Consejo Presbiterial de Ciudad Real sobre Cofradías y Hermandades un reto

pastoral. (1998)

17. J.A. GRACIA GIMENO, Pregón de la Semana Santa de Zaragoza de 1990, inédito.

18. R.BLÁZQUEZ, Charla en el II Congreso Nacional del Cristo de Medinaceli. Bilbao, 1997, mecanografiado-inédito.

19. Cfr. Consejo Diocesano de Pastoral de la Diócesis de Orihuela-Alicante sobre La animación misionera de la religiosidad popular. (1997), hojas mecanografiadas; C. AMIGO, Fe cristiana y religiosidad popular, Carta pastoral con motivo de la Asamblea Diocesana de Hermandades, Sevilla, 1997, págs. 32-34.

20. L. A. GRACIA LAGARDA, Religiosidad popular: La Semana Santa, sus tradiciones, sus cofradías. Perspectiva desde la Iglesia, I Encuentro Regional de Cofradías de Aragón, Zaragoza, 1.992.

21. Es fácil observar dos casos característicos del empleo de la religiosidad popular como afirmación de propias raíces: la proliferación de Cofradías de "corte andaluz y propiciadas por andaluces en medio de otras comunidades culturales; en muchos pueblos pequeños de Castilla y Aragón son los ciudadanos que han tenido que emigrar quienes regresan en Semana Santa y organizan los desfiles procesionales.

22. Cfr. L.MALDONADO, La religiosidad popular. Un retorno que hay que valorar, Sal Terrae, Marzo 1.997, pág. 197.

23. (Analizando las encuestas mas fiables) "teniendo en cuenta que los católicos no practicantes muestran una tendencia a engrosar, lenta pero imparablemente, la cifra de indiferentes, puede concluirse, sin demasiado peligro de error, que el mapa religiosos de España en el siglo próximo va a sufrir probablemente una evolución que tiene alguno de sus datos seguros en la desaparición del catolicismo como religión de mayoría de los españoles y en la aparición de cifras cada vez más altas de indiferentes". J. MARTIN VELASCO, Los avatares del clero español en los últimos decenios, Sal Terrae, Junio, 1996, págs. 445 ss.

24. Cfr.L.MALDONADO, a.c.págs. 199-200.

25. COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, Jesucristo, la Buena Noticia. Congreso, Edice, Madrid, 1997, pág.608.

26. Cfr. Ch.L. 34; RM 33; CA 5

27. Cfr. L. GONZALEZ DE CARVAJAL, Evangelizar en un mundo poscristiano, Sal Terrae, Santander, 1993, pág. 134

28. JUAN PABLO II Discurso en la XII Asamblea del CELAM en Puerto Príncipe (Haití) el 9 de marzo de 1983

29. J.A. PAGOLA. Una nueva oración para una nueva evangelización, El Monte Carmelo, Bulla, 1996, pág 153

30. JUAN PABLO II, Discurso en el Santuario del Rocío el 14 de junio de 1993.

31. Y parroquial, las que estén inmersas en parroquias, o educativo para las que están ligadas a colegios.

32. JUAN PABLO II, discurso en el Santuario del Rocío el 14 de junio de 1993.

33. Entrecomillo esta, palabra, porque no quiero darle tanto el sentido de culto, que nos llevaría a discusiones teológicas, sino el más humano, similar al contenido que tiene la expresión "Te adoro" entre dos personas que se aman

34. Cfr. L. A. GRACIA LAGARDA, La formación del cofrade en su aspecto espiritual y, religioso, IV Encuentro provincial de Cofradías y Hermandades de Semana Santa de Alicante, Callosa de Segura, 1997-, Espiritualidad de nuestra Cofradía para evangelizarnos, VIII Encuentro Nacional de Cofradías Penitenciales, Gandía, 1995

35. Cfr. X. IRAOLAGOITIA, ¿Hacia dónde vamos?, Ponencia en el II Congreso Nacional de Cristo de Medinaceli, Bilbao, 1997, mecanografiado-inédito.

36. Es para mi un tema muy querido el de la espiritualidad cofrade desde la imagen de nuestro "paso " y he hablado de él en múltiples ocasiones, aunque no he llegado, como deseo, a hacer una reflexión que recoja sistemáticamente mi pensamiento. Porque creo que va en el mismo sentido, he leído con sumo gusto una frase de un buen teóloga que ahora ejerce el misterio episcopal: Lo primero que debe hacer un cofrade del Cristo de Medinaceli es contemplar con fe al nazareno, para que aumente su fe y conciencia de los pecados, para que nazcan y renazcan entrañas de misericordia en él, para aprender a tratar a los "heridos de la vida "R. BLÁZQUEZ, Charla en el II Congreso nacional del Cristo de Medinaceli, Bilbao,

1997, mecanografiado-inédito.

37. J. MÉNDEZ, Pregón de la Semana Santa de Granada en 1995 en la publicación de homenaje en su Jubilación como arzobispo de Granada, publicada por esa diócesis en 1997, pág.

38. Cfr. COMISION EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS; La catequesis de la comunidad, Orientaciones pastorales para la catequesis en España hoy, 1893, ERICE, Madrid, varias ediciones nn 403, Directorio General de Catequesis (1997) n° 61.

39. Directorio General de Catequesis (1997) n 62.

40. Parece muy acertada, en este sentido, la disposición que Mons. Amigo, Arzobispo de Sevilla, dictaba en su Decreto "Normas diocesanas para Hermandades v Cofradías" (8 de diciembre de 1997) Los Consejos de Hermandades y Cofradías organizarán programas y actividades de formación cristiana para los miembros de las Juntas de gobierno y para los candidatos a serlo (art. 18/2); Pata ser miembros de la Junta de gobierno se requiere... 5) Seguir los programas de formación cristiana organizados por los Consejos de Hermandades y Cofradías. (art. 31)

41. Edición: TB.MARTÍN, Peregrinación de Egeria, Itinerarios y guías primitivas a Tierra Santa, Sígueme, Salamanca, 1994, págs.70-78.

42. Obispos del Sur de España, Las Hermandades y Cofradía, Carta Pastoral, 12 de octubre de 1988, n'21 1

43. Cfr. I Cor 16,2-, Hch 20,7-12

44. M.PAYA, La planificación pastoral al servicio de la evangelización, PPC, Madrid, 1996, pág. 42.

45. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, La entraña del cristianismo, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1997, págs. 768-769

46. JUAN PABLO II, Discurso a los obispos de las provincias eclesiásticas de Granada, Sevilla y Valencia, en su visita ad límina el 7 de julio de 1998

47. Cfr. Ez 36.26,28

48. JUAN PABLO II, Homilia al inicio solemne del pontificado (22 de octubre de 1978)

49. Cfr. Is. 40,3-4

50. Cfr. Lc 5,4

51. Lema del Congreso Mariano Nacional
celebrado en Zaragoza del 10 al 13 de septiembre

52. Antífona de entrada de la Misa de Ntra. Sra. del
Pilar.

53. II Cor, 6,2

54. Jn 2,4

